

No quedaba ni un centímetro de espacio para Lottie y Kezia en la calesa. Cuando Pat las cogió en volandas y las sentó sobre el equipaje, se tambalearon; el regazo de la abuela ya estaba ocupado y Linda Burnell no habría podido cargar con el peso de una niña en el suyo ni durante un pequeño trecho. Isabel, muy altiva, se había encaramado al pescante junto al nuevo mozo. En el suelo se amontonaban bolsas de viaje, maletas y cajas.

—Son imprescindibles para mí, no quiero perderlas de vista ni un instante —declaró Linda Burnell con la voz temblorosa de cansancio y emoción.

Plantadas en el césped junto a la verja, Lottie y Kezia parecían preparadas para la batalla con sus abrigos de botones dorados con anclas y sus gorritos marineros con cintas bordadas. Cogidas de la mano, con los ojos muy abiertos y solemnes, miraron primero las cosas imprescindibles y luego a su madre.

—Tendremos que dejarlas aquí. No hay alternativa. Tendremos que abandonarlas —dijo Linda Burnell.

De sus labios brotó una risita inusitada; se reclinó sobre los cojines de cuero capitoné y cerró los ojos mientras los labios le temblaban de risa. Por suerte, en ese momento, la señora de Samuel Josephs, que había observado la escena desde detrás de la persiana del salón, se les acercaba con andares de pato por el sendero del jardín.

—¿Por qué no deja a laz niñaz conmigo ezta tarde, zeñora Burnell? Podrán ir en el carro del tendero cuando venga ezta noche. Ezaz cozaz que hay en el camino tienen que llevázelaz también, ¿no?

—Sí, hay que llevarse todo lo que esté fuera de la casa —confirmó Linda Burnell, y señaló con su blanca mano hacia las mesas y sillas patas arriba en el jardín delantero. ¡Qué absurdas parecían! Deberían estar al revés, o bien eran Lottie y Kezia quienes deberían estar cabeza abajo. Y tuvo ganas de decir: «Haced el pino, niñas, y esperad al tendero». Le pareció una idea tan exquisitamente graciosa que apenas pudo prestar atención a la señora de Samuel Josephs.

El cuerpo gordo y decrepito se inclinó sobre la verja y la cara grandota y gelatinosa sonrió.

—No ze preocupe, zeñora Burnell. Lottie y Kezia pueden mendar con loz niñoz en el cuarto de jugar y yo me ocuparé de que ze zuban al carro dezpuéz.

La abuela le dio vueltas al asunto.

—Sí, es el mejor plan, desde luego. Le estamos muy agradecidas, señora de Samuel Josephs. Niñas, dadle las gracias a la señora de Samuel Josephs.

Siguieron dos gorjeos apagados:

—Gracias, señora de Samuel Josephs.

—Y sed buenas niñas y... venid aquí —se acercaron a ella—
... no olvidéis avisar a la señora de Samuel Josephs cuando queráis...

—No, abuela.

—No ze preocupe, zeñora Burnell.

En el último momento, Kezia soltó la mano de Lottie y corrió hacia la calesa.

—¡Quiero darle otro beso de despedida a la abuelita!

Pero ya era tarde. La calesa se alejaba cuesta arriba, con Isabel rebosante de orgullo y desdeñando al mundo entero, Linda Burnell postrada y la abuela hurgando en busca de algo que darle a su hija entre los curiosos cachivaches que había metido en el último

momento en su bolsito de seda negra. La calesa, titilando bajo el sol y la nube de fino polvo dorado, ascendió por la ladera, coronó la colina y desapareció. Kezia se mordió el labio, pero Lottie se le adelantó y, sacando el pañuelo con cuidado, soltó un gemido:

—¡Mamá! ¡Abuela!

La señora de Samuel Josephs la envolvió como si fuera una enorme y cálida cubretetera de seda negra.

—No paza nada, querida. Tienes que ser una niña valiente. Ven a jugar al cuarto de los niños.

Rodeó con el brazo a la llorosa Lottie y se la llevó. Kezia las siguió, haciendo una mueca ante la cinturilla de la falda de la señora de Samuel Josephs, desabrochada como de costumbre, y de la que asomaban dos largas cintas rosas del corsé...

El llanto de Lottie se calmó a medida que subía por las escaleras, pero su aparición en la entrada del cuarto de jugar con los ojos hinchados y la nariz congestionada les hizo mucha gracia a los hijos de S. J., que estaban sentados en dos bancos ante una larga mesa cubierta con hule; sobre ella se habían dispuesto enormes platos de pan con manteca y dos jarras marrones que humeaban levemente.

—¡Hola! ¡Has llorado!

—¡Anda! Qué ojos tan hundidos.

—Y qué nariz tan rara tiene, ¿no?

—Estás toda roja y llena de manchas.

Lottie era el absoluto centro de atención. Al darse cuenta se hinchió de orgullo y sonrió con timidez.

—Ve a zentarte al lado de Zaidi, pequeña —dijo la señora de Samuel Josephs—, y Kezia, tú zientate en la punta, al lado de Moez.

Moses sonrió y le dio un pellizco cuando se sentaba; pero ella fingió no darse cuenta. Cómo odiaba a los chicos.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Stanley inclinándose educadamente desde el otro lado de la mesa y sonriéndole—. ¿Qué quieres para empezar: fresas con nata o pan con manteca?

—Fresas con nata, por favor —respondió la niña.

— ¡Ja, ja, ja!

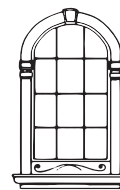
Cómo reían todos, cómo aporreaban la mesa con sus cucharillas. ¡Menuda tomadura de pelo! ¡La había engañado! ¡El bueno de Stan!

— ¡Mamá! Ha creído que hablaba en serio.

Ni siquiera la señora de Samuel Josephs pudo evitar sonreír mientras les servía leche y agua.

— No deberías burlarte de ellaz en zu último día — dijo por lo bajo.

Pero Kezia le dio un buen mordisco a su pan con manteca y luego dejó el trozo restante de pie en su plato. El hueco de la parte mordida formaba una especie de puertecita muy graciosa. ¡Bah! Daba igual. Una lágrima le surcaba la mejilla, pero no lloraba. No estaba dispuesta a llorar delante de aquellos horribles hijos de Samuel Josephs. Agachó la cabeza y, cuando la lágrima rodó despacio, la atrapó con un rápido y leve movimiento de la lengua y se la llevó a la boca antes de que nadie la viera.



Después de merendar, Kezia se alejó de vuelta a su casa. Subió despacio los escalones de la parte trasera y, tras cruzar la despensa, entró en la cocina. Allí no quedaba más que un trozo de jabón amarillo y áspero en un rincón del alféizar de la ventana y, en otro, un trapo manchado y un paquete de azulete. La chimenea estaba llena de basura. Rebuscó en ella, pero no encontró nada salvo un pasador de pelo con un corazón pintado que había pertenecido a la criada. Incluso eso lo dejó donde estaba, y recorrió con desánimo el estrecho pasillo hasta el salón. La persiana estaba bajada, pero no del todo. La atravesaban largos y relucientes rayos de sol, finos como lápices, y sobre esos trazos dorados bailaba la sombra ondulada de un arbusto del exterior. A ratos se quedaba quieta, luego revoloteaba de nuevo y a veces le llegaba casi hasta los pies. ¡Zzzz! Una moscarda chocó contra el techo; había trocitos de pelusilla roja pegados en las tachuelas de la alfombra.

La ventana del comedor tenía un cuadrado de cristal tintado en cada esquina. Uno era azul y el otro amarillo. Kezia se inclinó para echar otro vistazo al césped azul con lirios azules que crecían junto a la verja, y luego al césped amarillo con lirios amarillos y una valla amarilla. Mientras miraba, una pequeña Lottie china salió al jardín y empezó a quitar el polvo de las mesas y las sillas con una esquina de su delantal. ¿De verdad era Lottie? Kezia no estuvo segura del todo hasta que miró a través del cristal normal.

Arriba, en la habitación de sus padres, encontró un pastillero que era negro y reluciente por fuera y rojo por dentro, y contenía una bolita de algodón.

«Aquí podría guardar un huevo de pájaro», decidió.

En la habitación de la criada encontró un botón de corsé encajado en una grieta del suelo, y en otra, unas cuentas de collar y una aguja larga. Sabía que en la habitación de su abuela no quedaba nada; había visto cómo hacía las maletas. Se acercó a la ventana y se apoyó en ella, con las manos contra el cristal.

A Kezia le gustaba quedarse así, de pie ante la ventana. Le gustaba la sensación del vidrio frío y reluciente en sus palmas calientes, y le gustaba el curioso efecto de que las puntas de los dedos se le volvieran blancas cuando los apretaba con fuerza contra el cristal. Mientras estaba allí, el día se fue extinguiendo y se hizo la oscuridad, y con ella llegó con sigilo el viento, entre resoplidos y aullidos. Las ventanas de la casa vacía se estremecían, de las paredes y el suelo brotaban crujidos, un trozo de hierro suelto en el tejado repiqueteaba con un sonido lastimero. De repente, Kezia se quedó quieta, muy quieta, con los ojos muy abiertos y las rodillas juntas. Tenía miedo. Quería llamar a Lottie y seguir llamándola mientras corría escaleras abajo y salía de la casa. Pero «aquello» estaba justo a sus espaldas, esperando en la puerta, en lo alto de las escaleras, al pie de las escaleras, escondido en el pasillo, dispuesto a abalanzarse de repente sobre ella desde la puerta trasera. Pero Lottie estaba también en la puerta trasera.

—¡Kezia! —exclamó alegremente—. El tendero ya ha llegado. Todo está en el carro de tres caballos, Kezia. La señora de Samuel Josephs nos ha dado un chal grandote para que nos tapemos con él, y dice que te abroches el abrigo. Ella no podrá salir por su asma.

Lottie se daba muchos aires.

—Vamos, niñas —exclamó el tendero. Clavó sus grandes pulgares bajo los brazos de las pequeñas y las levantó para subirlas al

carro. Lottie dispuso el chal «con mucho cuidado» y el tendero les envolvió los pies con un pedazo de manta vieja.

—Arriba esos piecitos. Eso es, poquito a poco.

Era como si fueran un par de jóvenes ponis. El tendero comprobó la firmeza de las cuerdas que sujetaban su carga, desenganchó la galga de freno de la rueda y, silbando, se encaramó de un brinco junto a ellas.

—Pégate a mí —dijo Lottie—, porque si no, tiras del chal y me destapas, Kezia.

Pero Kezia se arrimó al tendero. Se alzaba imponente a su lado, grande como un gigante, y olía a nueces y cajas de madera sin usar.